

PRIMERA PARTE:
SEVILLA

MI PUEBLO

Nací en 1948 en El Saucejo, un pueblo de la provincia de Sevilla, lindando con la de Málaga. A unos quinientos metros de altitud sobre el nivel del mar, mi pueblo tiene una orografía algo accidentada y un clima que en invierno es más severo que el de las cercanas llanuras del Guadalquivir. Tiene dos aldeas, Navarredonda y Mezquitilla. Pertenecen al partido judicial de Osuna, población de la que dista algo más de veinte kilómetros y a la que está unido por una carretera que en aquellos tiempos era tan sinuosa que se hizo célebre el dicho «tiene más curvas que la carretera de Osuna». La estación de tren más cercana es la de Almargen, en Málaga, provincia cuya capital queda más próxima que la lejana Sevilla, a más de cien kilómetros. Tenía entonces mi pueblo más de siete mil habitantes, aunque la emigración ha reducido esa cifra a los actuales poco más de cuatro mil.

Dejé mi pueblo con seis años, y aunque tengo pocos recuerdos de él, fueron los primeros de mi vida, los más confusos pero los que más huella dejan. Recuerdo mi calle, la calle Pina, que tenía una curiosa forma de

cuatro. Vivíamos en una casa que a mí me parecía que no era mala, pero que muy buena no debía ser, porque cuando nos fuimos del pueblo ya no se encontró quien la quisiera habitar y la convirtieron en establo. La casa no tenía más que un recinto a la entrada en el que hacíamos vida; por él se accedía a una pequeña habitación que era la de mis padres, y a un corto pasillo donde había una cantarera, y al fondo del cual se abría un angosto espacio con chimenea que destinábamos a cocina, y a la derecha la puerta de un reducido corral. En la planta superior no había más que una pequeña cámara concebida en su momento como granero o almacén y no como espacio habitable, pero allí era donde dormían mi tía María y su hijo Rafael, que vivían con nosotros desde que tengo recuerdo.

Lindando con mi casa estaba la de una buena amiga de mi madre, a la que todos llamaban Todora, de modo que yo creí que Todora era nombre de mujer; y no tuve noticia de que existían Teodoras y Teodoros en el mundo hasta muchos años después.

Y casi al final, donde mi calle giraba, había una tienda de un tal «Todoro el de la Lata», que vaya usted a saber de dónde le venía eso de la Lata. Yo pensaba que esa era la única tienda, no ya del pueblo, sino del mundo entero. Y enfrente, al fondo de la calle, vivía una mujer a la que llamaban Curra Pérez, de la que solo sé que debía ser muy pobre y muy humilde,

porque siéndolo todos los de mi calle, a ella la tenían como la más digna de lástima, no sé por qué.

Cerca de mi casa estaba el camino Majonda, cuyo verdadero nombre, según supe más tarde, era Majadahonda. Recuerdo muy bien esta calle porque con ocasión del seísmo de Villanueva de San Juan de 1952 venía por ella mucha gente huyendo del terremoto, buscando el cobijo que sus casas derruidas no les podían proporcionar y llevando consigo lo que pudieron recoger, yendo unos a pie, otros en carro y otros a lomos de alguna caballería; formaban un reguero interminable que pasaba luego ante mi casa y que yo miraba absorto sin entender muy bien lo que pasaba. Aún hoy en día, cuando con motivo de guerras o catástrofes naturales veo en la tele esas filas de personas huyendo del desastre, recuerdo aquella tarde, porque aquel éxodo y la tristeza de quienes pasaban se me quedaron grabados en la memoria.

Mi casa estaba cerca del centro, porque desde ella, bajando por la calle Ronda, se llegaba en un momento al paseo que era la calle principal. Delante mismo empezaba la calle Horno, donde vivía mi abuela Dolores. A la izquierda llegaba el paseo hasta la Parroquia de San Marcos, patrón del pueblo, y a la derecha, tras el Ayuntamiento, estaba el cine de verano, del que tengo pocos pero muy buenos recuerdos, quizá más fantasiosos que reales.

Entonces las calles eran de tierra y no existía alcantarillado de ningún tipo. Las casas, salvo las pocas que tenían un pozo, no disponían de agua corriente, que había que traer en cántaros desde la fuente del pueblo, que afortunadamente no estaba muy lejos de mi casa.

Teníamos en el corral una pila con su correspondiente tabla de lavar, que era un rectángulo de madera con una especie de estrías o resaltes, donde las mujeres lavaban la ropa a base de frotar y frotar usando unas pastillas grandes y cuadradas del jabón que ellas mismas fabricaban a base de aceite usado y sosa cáustica.

No había asfaltado ni aceras, y bajo las casas salían unos canalillos que alimentaban de agua residual un arroyito central que corría a lo largo de la calle. Tampoco había retretes, por lo que la gente hacía sus necesidades en los corrales que todas las casas tenían.

Lo que sí teníamos era luz, porque la Hidroeléctrica del Chorro había montado el tendido eléctrico y llevado la corriente a las casas a un precio asequible para la gente humilde, porque no había contadores, sino el compromiso del usuario de emplear tan solo una bombilla. Cuando alguien colocaba un enchufe para conectar una plancha eléctrica, si lo pillaban, que era lo más frecuente, entonces le ponían contador, le subían la cuota y le cobraban el consumo, con lo que

les salía tan cara la broma que tenían que volver a la plancha de carbón.

Porque antes las planchas de la ropa eran huecas y se les metían dentro ascuas encendidas que calentaban la base de hierro. Para que la combustión no se detuviera por falta de oxígeno, estas planchas tenían unas pequeñas aberturas laterales para que entrase el aire, pero a veces lo que ocurría es que salía alguna chispa encendida quemando la ropa. Cuando en una casa aparecía alguna camisa quemada, la discusión estaba servida: según la mujer la había quemado el marido con su maldito vicio de fumar, y según él, los culpables habían sido la plancha y el poco cuidado que la mujer ponía al manejarla.

Vivía en mi calle una niña con trencitas, algo mayor que yo, que cogió la pésima costumbre de pegarme cada vez que me veía. Ella ya iba a la escuela y en cuanto salía y volvía a casa, su primer objetivo era hacerme llorar a base de vapuleos. Cuando la veía venir yo salía corriendo, pero en cuanto me distraía y no me percataba de su cercanía, estaba perdido. Me tenía asustado, hasta que alguien, no se quién, me aconsejó que, llegado el caso, yo me defendiese tirándole de las trenzas. Y así fue: al día siguiente ella vino como de costumbre a zurrarme la badana, pero no le di tiempo a ello, porque anticipándome, le agarré una trenza y le pegué tal tirón que salió corriendo hacia su casa chillando como una loca.

A partir de aquel día se cambiaron las tornas, y yo estaba pendiente de su salida de la escuela para ir a tirarle de las trenzas, y era ella entonces la que salía corriendo para escapar del castigo; cosa que pocas veces conseguía porque yo, aunque más pequeño, era más rápido. Y terminó esta contienda, con gran contratiempo por mi parte porque yo la iba ganando, cuando mi madre, a la que previamente se había quedado la suya, me dijo, muy terminante, que nunca más le tirase de las trenzas a esa niña, que eso estaba muy feo y que no podía volverlo a hacer.

Tendría yo cuatro o cinco años cuando cayó en el pueblo una gran nevada. Al abrir la puerta de la calle, vi un muro de nieve más alto que yo, por lo que, de las casas de enfrente, solo podía divisar el tejado. A lo largo de las casas, sobre lo que hoy son aceras, los hombres habían empezado a apalear la nieve para poder transitar por la calle, con el resultado de que el muro crecía y crecía por efecto de las paladas de nieve que iban acumulando sobre él. Luego, al final de cada calle despejaron también un camino para poder cruzar por allí a las casas de enfrente. La nieve duró muchos días, y a medida que se fundía, yo veía cómo su altura iba disminuyendo cada vez más, hasta que solo quedaron unos pocos montones ya de un blanco sucio que el sol acabó por derretir.

Había en el pueblo una escuela que no sé por qué llamaban de «Las Pollitas», donde unas maestras

enseñaban a la chiquillería lo más indispensable. Como yo desde muy pequeño sabía leer, me llevaron allí para que aprendiera también a escribir; pero no solo no aprendí nada, sino que además me desesperaba, porque el método consistía en adiestrar la mano a base de páginas y páginas de caligrafía donde no se escribía ni una sola letra, sino trazos simples que se repetían una y otra vez durante todo el día, toda la semana, todo el mes; y me temo que de seguir yo allí, durante toda mi vida. El ejercicio, que siempre era el mismo, consistía en escribir unos trazos a los que llamaban palito, palote y gancho, y que repetíamos una y otra vez sobre el papel pautado: palito-palote-gancho, palito-palote-gancho, palito-palote-gancho, y así *ad infinitum*, cuando yo ya sabía, mal que bien, dibujar unas letras bastante decentes.

Viendo mi impaciencia y lo a disgusto que iba a esa escuela, mis padres acordaron que me tomara como alumno un joven cojito que vivía en la calle Ronda y que daba clases por muy poco dinero a algún que otro niño, ganándose así algo de lo que por su cojera no podía ganar en el campo. De este modo, fue Juanito el Cojo el que me inició de verdad en la escritura. Aún tengo un librito, «*El libro del Artesano*», que él me proporcionó, con letras manuscritas de todo tipo para que me familiarizara con ellas.

Como mi padre había ido a la escuela, y sabía leer, escribir y hacer cuentas, en cuanto mostré interés por

los números, fue él quien me enseñó las cuatro reglas aritméticas y hasta el procedimiento para obtener las raíces cuadradas. Pero yo no supe qué era un problema aritmético hasta que Juanito el Cojo me puso los primeros, y a mí me encantaba resolverlos porque hasta entonces las cuatro reglas no habían tenido para mí mucho sentido. Yo iba contentísimo a su casa, porque cada día aprendía una cosa nueva, y él, como todo buen maestro, veía satisfecho que sus enseñanzas no caían en saco roto. De este modo dije adiós para siempre a la escuela de Las Pollitas, por donde nunca jamás volví a aparecer. No es mi intención descalificar ni quitar mérito al trabajo de aquellas maestras, que sin duda enseñaron mucho y bien a los niños que iban a sus clases; pero no puedo evitar el verlas desde mi subjetividad y desde el recuerdo de mi frustración.

También guardo en mi mente la imagen de mi abuela Dolores siempre atareada en su casa, por debajo de la cual corría un arroyo que quedaba al descubierto en la parte posterior, junto al corral donde yo jugaba muy a menudo. Cerca de la entrada a la casa había siempre una silla donde me sentaba para contemplar a mi abuela cuando se ponía a cortar, con unas tijeras enormes, sobre una gran mesa, la tela cuya línea de corte había marcado previamente con su jaboncillo, para luego coserla y ganar así algún dinero con las prendas que creaba o arreglaba. Tenía fama de ser muy

buena modista, y recuerdo su abundante pelo blanco y rizado, y su buen humor. Fue mi única abuela, la única que conocí, porque mi abuela materna falleció antes de que yo naciera, y también para entonces habían muerto mis dos abuelos.

Y otro recuerdo imborrable es el de mi perro, que se llamaba *Minuto*. Nadie ha tenido nunca un perro mejor que aquel. Era mi compañero de juego, me protegía y ayudaba a mi padre en el huerto vigilando la cosecha y ahuyentando a los que pretendieran robar algo de ella. Si nos dejábamos olvidada alguna cosa en el campo, en cuanto él se percataba, se tumbaba a su lado y de allí no se movía hasta que íbamos a recogerla. Si a la hora de volver a casa *Minuto* no llegaba, reparábamos en el olvido, regresábamos, y allí lo encontrábamos vigilante de la prenda o herramienta olvidada. No era un perro muy grande ni muy corpulento. Yo me enteré de que *Minuto* era viejo el día en que se murió, porque antes no tenía conciencia de qué edad podía tener. Como mi padre seguía necesitando un perro guardián, se hizo con una perra de color leonado, algo más grande que *Minuto*, pero que a mí nunca me cayó bien, porque *Minuto* era insustituible, al menos en mi afecto. No recuerdo el nombre de la perra y nunca jugué con ella; y ella, que sin duda captaba mi rechazo con ese instinto que los perros tienen para esas cosas, nunca se

mostraba muy efusiva conmigo, más bien me miraba con recelo y esperando con cara de pena un cariño que nunca le di. La pobre no tenía culpa alguna, pero yo la veía como una impostora y no me inspiraba lástima, sino repulsa. Cuando nos fuimos a Valencia no sé qué se hizo de ella. Y ya nunca más tuve un perro ni lo quise tener.

Y poco más recuerdo de mi pueblo. De esa época de mi niñez solamente conservo dos fotografías mías: en una de ellas estoy en el paseo con dos de mis primas, que más bien parecen mis tías, porque soy con diferencia el más pequeño de un montón de primos y primas; y en la otra aparezco con un pequeño torito de cartón en la mano, sonriendo porque me engañaron como a un chino al hacerme creer que la foto se la hacían al torito y que yo no iba a salir en ella. Recurrieron a ese engaño para que yo me conformara, y es que yo de ningún modo quería dejar que me hicieran un retrato, que así llamábamos entonces a las fotografías, porque para nosotros no existía la profesión de fotógrafo sino la de retratista. Luego la gran sorpresa tuvo lugar cuando la foto estuvo revelada, al ver que el torito era el complemento circunstancial y que yo era, por decirlo así, el sujeto y el predicado, y que además estaba muy natural y muy sonriente, lo que hubiera sido imposible si me hubieran forzado a posar ante la cámara.

MI TÍO ANTONIO

Mi tío Antonio, hermano de mi madre, nacido en mi pueblo el primer año del pasado siglo, es el personaje central de esta historia, y lo es porque su vida condicionó las de todos los demás. Sin la intervención de mi tío Antonio el viaje a Valencia no habría tenido lugar y nuestra situación habría sido peor de lo que finalmente ha sido, porque Valencia fue nuestra tierra de promisión, la tierra que nos acogió, en ella pusimos todas nuestras esperanzas, y a Valencia y a los valencianos debemos agradecer que pudiéramos cumplirlas y haberlo hecho con creces.

Antonio Vega nació en el seno de una de las familias más humildes de un pueblo ya humilde de por sí. Al contrario de lo que ocurría en Valencia, donde la tierra estaba repartida entre multitud de labradores que vivían de ella, en Andalucía las tierras pertenecían a muy pocas familias, y los campesinos necesitaban estar a bien con los terratenientes, que tenían en su mano el darles o negarles el trabajo diario que iba a permitir que en sus casas hubiera algo de comer.